

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata), P. Dr. C. Schickendantz (Córdoba).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

5 Reino y Milenarismo

Alberto Espezel 7 **Jesús y la venida del Reino**

Ugo Vanni 15 **Apocalipsis y Milenarismo**

Michael Figura 33 **La herencia espiritual de
Joaquín de Fiore en la interpretación
de Henri de Lubac**

Bernard Schumacher 51 **Esperanza e historia**

Leonardo Cappelluti 65 **De la Reparación a la Solidaridad.**

Marguerite Léna 85 **Edith Stein**

Lucio Florio 99 **Una lectura post-crítica de Kant**

Cristina Corti Maderna 103 **In Memoriam. Olga Orozco**

EDITH STEIN.

La historia en secreto

*por Marguerite Léna **

Edith Stein ha sido un alma de silencio. No amaba hablar de sí misma y sabía muy bien hacer la diferencia entre lo que depende del orden del discurso y lo que debe proteger el silencio. A su amiga Hedwige Conrad-Martius que le interrogaba sobre su conversión, ella respondió: *Mein Geheimnis gehört mir*, "mi secreto es mío". ¿Pudor? No sólo, si se cree a los desarrollos posteriores que ella hace en *La Science de la Croix* sobre el "santuario cerrado" del alma, que "es al mismo tiempo el lugar de su libertad" y al que nadie tendría acceso por vía de conocimiento teórico. Porque en ese fuero íntimo "Dios mismo ha elegido domicilio" y "debemos admitir que los ángeles miran con un santo respeto al santuario cerrado". ¿Con qué derecho entonces, abrirlo?

Ahora bien, lo que Edith Stein escribe así de la interioridad espiritual donde se juega la historia en secreto de cada hombre, donde se ha jugado la suya después de una larga y dolorosa maduración interior, cuando ella se volvió hacia Cristo, vale igualmente para la historia universal. También tiene ella un punto ciego rebelde a las investigaciones positivas como a las sistematizaciones especulativas, donde se decide el destino colectivo de nuestras libertades. Puede aún ser uno de los rasgos salientes de nuestro siglo el haber, frente a ese punto ciego, reducido a silencio las filosofías triunfales de la Historia. ¿Puede decirse por tanto, que en ese abismo ahondado por la libertad de los hombres en la trama sensata de la historia "¿Dios mismo ha

* Comunidad San Francisco Javier, París. Publicado en junio de 1998 en Etudes, lo traducimos con autorización de Etudes, 14 rue d'Assas, 75006, Paris.

elegido su domicilio?" ¿Se puede sostener el peso de esa afirmación cuando el abismo se llama Auschwitz?

A ese silencio de Auschwitz, fue entregada a la muerte Edith Stein. El 9 de agosto de 1942, ella desaparecía en él, una entre un millón seiscientas mil víctimas de la muerte absurda, industrial y anónima de todo un pueblo. Del acontecimiento último de su muerte, no más que del de su conversión, no sabremos nada. Una huella abolida sobre la arena de la Historia.

Ese silencio pone de golpe un interdicto sobre toda tentativa de recuperación -o de rechazo- de la figura de Edith Stein, más acá del lugar en que ella se conserva y a donde ella nos arrastra. Su canonización, anunciada para junio último, fue diferida por respeto a la conciencia judía, que corría el riesgo de percibir ese reconocimiento solemne de la Iglesia y el título oficial de mártir conferido a Edith Stein, como una arbitraria puesta aparte de esta mujer respecto a los millones de víctimas anónimas, y que teme a justo título el abuso de una teología de la expiación o de la sustitución. Esta canonización ha sido finalmente para octubre de 1998. Alegrémonos de ello, pero no nos apresuremos a poner sobre Edith Stein una etiqueta, así fuera ella en forma de aureola. Dejémonos conducir en este lugar por la Cruz, gozne y obstáculo de la historia universal como de nuestras historias particulares. Es el lugar del escándalo, del hombre desfigurado, del Verbo hecho grito y silencio, de la división y de la dispersión. Pero quienquiera es conducido a la sombra de la cruz, como lo fue Edith Stein, y deja "simbolizar" a todas esas cosas en su corazón como lo hizo María, ve levantarse sobre los dos pueblos allí convocados, una luz única e indivisible; "El traductor es como un vidrio que deja pasar toda la luz, pero que no se ve en sí mismo", escribía Edith Stein todavía adolescente. Su vida y su muerte, tan directa y dolorosamente enfrentados con el texto más oscuro de nuestro siglo, han tenido por misión traducirlo, no en palabras sino en luz.

EL TRABAJO DE LA VERDAD Y LA CIENCIA DE LA CRUZ

¿Se puede todavía pensar después de Auschwitz? Pero como no pensar después de Auschwitz, ¿cómo no pensar en Auschwitz sin dar razón a los que allí, han querido reducir al hombre, apagar el espíritu? Por célebre y autorizada que sea la pregunta de Adorno, prefiero a ella la advertencia modesta de Emmanuel Lévinas: la tarea y

la responsabilidad más alta del pensamiento consisten en “prevenir el instante de la inhumanidad”. De esta vigilancia no ha sido capaz la inteligencia cultivada de la Europa de los años treinta, salvo admirables excepciones. Tampoco debería ocultarnos la muerte de Edith Stein su itinerario propiamente filosófico. Perderíamos así la coherencia íntima de su propia historia: sin ese trabajo de pensamiento que la precede, su muerte misma es mutilada de una parte esencial de su sentido. Pero, sobre todo, nos privaríamos de uno de esos raros testigos que han sabido, en el foco mismo de su pensamiento, con una rara penetración, “prevenir el instante de la inhumanidad”. Evoquemos entonces algunos momentos de su itinerario intelectual con el único cuidado de descubrir en ellos los indicios que permitan configurar su muerte según la coherencia de su propio pensamiento, y que todavía hoy llaman a la reflexión.

AMAR LA VERDAD

Se lo ha señalado a menudo: una constante de la vida intelectual de Edith Stein fue su amor por la verdad. Desde la brillante alumna del liceo de Breslau hasta la joven enfermera voluntaria que en 1914 partió para el frente, llevando en el bolsillo las *Ideen* de Husserl y *La Odisea* de Homero, desde la profesora del liceo dominico de Speyer hasta la carmelita que consagraba las últimas horas antes de su detención a redactar *La Science de la Croix*, hay una trama única, el trabajo de un deseo único. “Mi búsqueda de la verdad era mi única oración”, escribe de sus años de adolescencia cuando ella había dejado toda práctica religiosa judía. “¡He aquí la verdad!”, exclama ella al cerrar después de una noche de ardiente lectura, la Vida de Teresa de Avila por ella misma. Y Husserl, su viejo maestro, al conocer sin comprender realmente su entrada en el Carmelo en 1933, dirá simplemente: “En ella todo es absolutamente verdadero”.

Es entonces a esta noción tan simple de verdad a la que se debe recurrir ante todo para pensar el itinerario intelectual de Edith Stein y situar su fuerza profética. Porque un régimen totalitario es siempre y ante todo una violencia hecha a la verdad: un error y una mentira. En la Alemania humillada de los años 20, aún en el círculo brillante de los jóvenes filósofos reunidos alrededor de Husserl, aún en las Iglesias, el discernimiento político exigía sin duda ante todo ese humilde y tenaz amor a la verdad que era en Edith Stein una dispo-

sición nativa del alma, antes de llegar a ser el lugar de un intenso trabajo interior.

EL ANDAR FENOMENOLÓGICO

Trabajo conducido en el centro de la experiencia intelectual de la modernidad. Porque Edith Stein pertenecía por su formación, al mismo horizonte filosófico que Heidegger o Sartre, Merleau-Ponty o Lévinas. El descubrimiento de la fenomenología a los veintiún años, fue su primer encuentro decisivo con la experiencia de la verdad y el abono de todos sus trabajos posteriores, comenzando por su tesis (1916), hasta los que consagró a Dionisio Areópagita, a Santo Tomás y a San Juan de la Cruz. Ella experimenta entonces la doble liberación que Husserl aportaba a la universidad alemana, paralela a la que poco antes Bergson había aportado a la universidad francesa: liberación respecto al interdicto kantiano cerrando el acceso a las “cosas mismas”; liberación respecto al positivismo que reducía el acto intencional de la conciencia a un acto factual sometido a juicio del mismo tipo de investigación que los fenómenos externos. En contacto con Husserl, Edith descubre “la filosofía como ciencia rigurosa”, en un sentido totalmente renovado de la palabra “ciencia”, que hace lugar a la exigencia de fundamentación de la que las ciencias positivas le parecían desprovistas.

Desarrolla y agudiza en ella las exigencias de la razón, antidoto precioso contra el culto de lo oscuro y los derivados emocionales mantenidos por el nazismo. Pero esta *ratio* fenomenológica y esta fe contra el positivismo es polifónica, y no se agotaría sólo en la constitución de un saber científico, ni olvidar al sujeto en el objeto. Razón rebelde a toda reducción instrumental, dirigida como una especie de veto anticipado, contra toda sumisión a los fines del poder, contra toda totalización sistemática como contra toda reificación del sujeto. Significativamente, cuando en 1935, Husserl, que no podía hablar en Alemania, da en Viena una conferencia sobre “La crisis de la humanidad europea y la fenomenología”, sobrio manifiesto de la resistencia espiritual al nazismo, esos son precisamente los temas que desarrolla.

Por otra parte Edith Stein experimenta, en la ingenuidad segunda del andar fenomenológico, ésta “castidad de las cosas” que libera a la mirada para una recepción sin prejuicio del ser dado. En la escuela de Max Scheler, ella descubre las modalidades multiformes

de ese don, el juego plural de las miradas y los horizontes de la conciencia, hay aquí todavía una especie de desafío anticipado del "hombre unidimensional" del que Auschwitz será la traducción bárbara. Desde entonces, el pensamiento puede avanzar, sin renunciar a su exigencia de fundamentación radical, sino en nombre mismo de esa exigencia, en campos inexplorados como los de la filosofía de la religión y de la mística. "Este fue - escribe ella - mi primer contacto con un mundo que hasta entonces me era profundamente desconocido. No me condujo todavía a la fe. Pero me abrió un dominio de "fenómenos" junto al cual no podía ahora pasar a ciegas."

EL "FENÓMENO" DE LA EXPERIENCIA MÍSTICA

En el verano de 1921, Edith lee en casa de su amiga Hedwige Conrad Martius la autobiografía de Teresa de Avila. Desde hacía tiempo su búsqueda espiritual se dirigía a la fe cristiana, pero hay que respetar el carácter de irrupción súbita y de mudanza radical del acontecimiento que ella relata: "Tomé un libro al azar en la biblioteca; tenía este título: *Vida de Santa Teresa por ella misma*. Comencé a leerlo, enseguida fui cautivada y no pude detenerme antes de haberlo acabado. Cuando cerré el libro, me dije: Es la verdad." En Teresa de Avila, Edith Stein ha encontrado un "fenómeno" irreductible, el de la experiencia mística singular de un alma, y como buena fenomenóloga ella desprende su sentido: "es la verdad". El mismo día, ella compra, de manera significativa, un catecismo y un misal: verdad teórica y verdad práctica, o todavía verdad conocida y verdad rezada, serán para ella en adelante inseparables.

Pero esta realización será también una conmoción de arriba debajo de su universo intelectual, que ella hará temático mucho más tarde, de manera indirecta, comparando el andar tomista y el de la fenomenología. Se trata nada menos que de un cambio radical de punto de apoyo:

El punto de partida absoluto, Husserl lo busca en la inmanencia de la conciencia. Para Santo Tomás, es la fe. El punto de vista unificante a partir del cual se despliega toda la temática filosófica y al cual vuelve a enviar siempre, es para Husserl la conciencia trascendental, y para Tomás, Dios y su relación con las criaturas.

Tocamos aquí el nudo irreductible de la conversión de Edith

Stein, que no fue, como se le dice a veces con demasiada ligereza, una conversión desde el judaísmo - que por entonces ella había abandonado - al cristianismo, sino una conversión desde los horizontes intelectuales de la modernidad, antropocéntricos, al misterio teocéntrico de la persona, tal como lo atestigua la revelación bíblica, judía y cristiana. El sistema del hombre radicalmente solo, bajo el horizonte de la *Geworfenheit*, tanto como la pretensión de la conciencia de constituir soberanamente su sentido, son puestos en cuestión por la experiencia vivida como fenomenológicamente irreductible, de una interioridad visitada por Dios vivo y llamada a hacerse su residencia.

Como lo ha visto bien Etty Hillesum, una judía que no llegó a ser cristiana, esta residencia preservada de Dios hasta en el horror de los campos es el más vigoroso desmentido de lo que ellos intentaron. Porque lo que creyó triunfar en Auschwitz fue el sistema de la finitud del hombre reducido a su ser natural, de donde la absoluta negación de la identidad judía, sobrenatural en su misma naturalidad. Y lo que puede triunfar en Auschwitz es sólo un pensamiento del hombre más grande que el hombre, de la persona singular no totalizable, no determinable, nombrada por Dios.

TRADUCCIONES

Desde entonces todo el trabajo filosófico de Edith Stein proseguido hasta en el interior del Carmelo, va a consistir en una tarea de traducción, en la que pone en acción la intuición de sus años de adolescencia en cuanto a la precisión, la transparencia y el olvido de sí que exige esa tarea. Traducción en el sentido literal del término de textos de Santo Tomás y de Newman; pero traducción en un sentido más completo y más decisivo, cuando se trata de hacer comunicar universos intelectuales que proceden de puntos de partida diferentes y que ponen en acción útiles conceptuales heterogéneos. Edith Stein ha creído en la capacidad del pensamiento cristiano más tradicional para dejarse afectar por la modernidad filosófica y para afectarla a su vez. Ha emprendido ese diálogo partir de su formación y de la forma de tradición filosófica católica que le era propuesta en un momento en que Alemania conocía una brillante renovación de los estudios tomistas. Ha comprendido de golpe que el drama del pensamiento europeo residía en la escisión entre una fe cristiana que ha quedado a menudo al margen de los desafíos y las adquisiciones del pensamien-

to contemporáneo, y un pensamiento secular privado de la instancia crítica que representa esta fe.

Era necesario entonces traducir con nuevos esfuerzos al hombre en la lengua de la fe y traducir el don de Dios en la lengua del hombre; dedicándose resuelta y humildemente a esta doble tarea y centrando todo su pensamiento filosófico sobre la categoría de la persona, Edith Stein iba al núcleo del desafío. Porque Auschwitz fue el producto monstruoso de la descomposición de una racionalidad mutilada y ciega: mutilada de su larga memoria de alianza con la fe cristiana y hecha insensible a la alteridad del prójimo como a la del Totalmente Otro; ciega a sus propios fines en la embriaguez del dominio técnico de los medios. En las horas graves del nazismo "prevenir el instante de la inhumanidad", era rehusar la dimisión de la razón tanto como su denegación pasional. Era en rigor de las palabras, cuidar la razón.

Pero llega siempre una hora en que el conocimiento del entendimiento y en que la razón misma, aunque ellos fueran trabajados desde el interior por la fe, desfallecen. Ninguna síntesis teológica ni una síntesis filosófica, es capaz de englobar a Auschwitz bajo sus conceptos. Aquí cesa el camino. Mucho antes de morir, Edith Stein ha sabido esas cosas y ha vivido de ellas. En la introducción de su libro *La Science de la Croix*, ella se explica sobre el sentido que confiere aquí al término ciencia:

No se habla aquí de ciencia en el sentido corriente, no se piensa en una pura teoría (...). Se piensa ciertamente en una verdad conocida, pero esta verdad es viva, existencial, fecunda: ella se asemeja a una semilla arrojada en el alma. Ella se arraiga en ella, crece allí, pone en ella su huella, impregna el obrar y el hacer de ella, hasta el punto que invadía a través de todo y se hace reconocer.

EL "LOGOS" DE LA CRUZ

No olvidemos que la "ciencia" aquí descripta tiene por objeto la Cruz: es necesario entonces retomar todos los términos al aplicarlos a este objeto: la Cruz ha sido en el pensamiento y en la vida de Edith Stein, esta semilla arrojada en el alma que poco a poco ha invadido todo. Semilla arrojada cuando Edith, estudiante todavía, se asombra de la serenidad sobrenatural con que su amiga Anna Reinach recibe la muerte de su marido, muerto en el frente. "Fue - escri-

be ella - mi primer encuentro con la Cruz, con la fuerza divina que ella confiere a los que la soportan. Por primera vez, la Iglesia, nacida de la Pasión de Cristo y victoriosa de la muerte, me apareció visiblemente." Semilla que pone tan bien su impronta en el alma, que cuando Edith entra en el Carmelo, eligió el nombre de Teresa Benedicta de la Cruz: bendecida por la Cruz. Ella sabe desde hace tiempo que el esfuerzo de argumentación al servicio de la verdad, aunque sea necesario, no puede por sí sólo arrastrar la convicción y producir la luz: la participación existencial en el misterio de la Cruz es un momento obligado del trabajo de la verdad, en sí mismo y en el interlocutor.

De esto da testimonio *La Science de la Croix*. Esas páginas técnicas parecen bien alejadas del drama que, en el mismo momento, se despliega sobre Europa y penetra en el mismo interior del Carmelo. Sin embargo ellas le tocan en el corazón. Porque Auschwitz fue un aflorar del mal radical, que desconcierta a la vez nuestras categorías políticas, jurídicas, éticas, y que exige en cierta medida que el pensamiento se aventure hasta el lugar, frecuentado sólo por los místicos, donde se desarrolla el radicalismo del combate espiritual en la historia humana. Frente a ese radicalismo, es necesario poner en acción todos los recursos de la reflexión: el pensamiento nietzscheano del "último hombre" y del nihilismo, el análisis que hizo Hanna Arendt de la "banalidad del mal" y del sistema totalitario, la elaboración, en el marco de los procesos de Núremberg, del concepto inédito del "crimen contra la humanidad", otras tantas tentativas necesarias y fecundas para acercarse por el pensamiento a lo que sigue siendo algo impensable.

Edith Stein no nos dispensa de ese trabajo del pensamiento, pero ella avanzó, con inteligencia desnuda, hasta ese "lugar" místico en que se despliega el "logos de la Cruz". De la Cruz de su pueblo, como de la de Cristo, ella sabe bien que no hay ciencia sino vivida, porque se alcanza el doble abismo de un sufrimiento que no soporta ninguna explicación, no se presta a ninguna sublimación, y de una violencia que ninguna legitimación histórica puede relativizar. En el campo de Westerbork, un testigo ha calificado la actitud de Edith Stein como "*Pietá sin Cristo*". Es que el "logos de la Cruz" no se comprende ni se contempla desde fuera. No es una respuesta exterior a Auschwitz, exterior al pueblo víctima de Auschwitz. Hay una kenosis de Dios en Auschwitz, en medio de su pueblo. Sólo una razón mística, es decir configurada experimentalmente por esa *kenosis*, puede penetrar en ese lugar.

EL TRABAJO DEL AMOR Y EL SELLO DE LA CRUZ

Pero hay que penetrar allí de rodillas. Y tocamos aquí una pregunta todavía más terrible que la pregunta de Adorno. ¿Cómo rezar en Auschwitz? ¿Cómo dirigirse a Dios en la alabanza y la intercesión, a partir de Auschwitz? No se trata quizá aquí tanto del redoblamiento de la pregunta clásica de las teodiceas frente al misterio del mal, como del desmentido histórico candente traído a la incorporación de la revelación judeo-cristiana en la conciencia europea. ¿Cómo, en efecto, relacionarnos en verdad con Dios a partir de ese mal radical, nuestro mal? ¿Cómo puede ser auténtica nuestra plegaria, mientras no nos hemos reconciliado con ese hermano, víctima de nuestra historia? ¿Cómo traer en verdad nuestra ofrenda al altar, mientras nuestro hermano tiene a Auschwitz contra nosotros? El itinerario espiritual de Edith Stein, avanzando con fe desnuda hacia ese misterio de iniquidad, puede todavía ayudarnos aquí. ¿Por qué se ha orado en Auschwitz, y cómo no rezar después de Auschwitz sin faltar a la memoria y a la fe de los que han rezado allí, sin dar razón una vez todavía a los que han querido suprimir allí el nombre de Dios y el pueblo que guardaba su nombre?

Hay que señalar primero como un dato quizá destacado demasiado raramente, que fue en medio de su oración que Edith Stein percibió con agudeza evidente lo que preparaba en Alemania el crecimiento del nazismo. Walter Benjamin habla de los "avisadores de incendio" a propósito de algunos pocos intelectuales, en su mayoría judíos alemanes exiliados en Estados Unidos, que fueron pronto conscientes del drama. Edith Stein puede ser contada entre ellos. Profesora en Speyer de 1922 a 1931, se esfuerza ya por hacer conscientes a sus alumnos de los peligros que crecen; conferencista en los medios femeninos de la enseñanza, ella destaca la responsabilidad de las mujeres en la prevención y la denuncia de esos peligros. Pero esta lucidez política toma pronto la forma de una intuición interior del destino que espera al pueblo judío.

Durante la Cuaresma de 1933 algunos diarios norteamericanos hacen mención de las primeras medidas contra él: "De golpe me apareció que la mano del Señor se descargaba sobre mi pueblo y que el destino de ese pueblo iba a ser mi lote." No estamos aquí frente a una "explicación" teológica de la Shoa, empresa insoportable, sino frente a un atestado existencial: algo va a tener lugar, que afecta directamente a su propia vida al mismo tiempo que la de su pueblo, y que

afecta a ambos en el punto secreto en que su identidad está referida a Dios, concierne a Dios.

ENTRAR EN EL INCENDIO

Desde entonces ella intentará descifrar con su propia vida esta solidaridad experimentada en el presentimiento espiritual del horror. Hacia la Pascua de 1933 ella escribe al Papa Pío XI para pedirle una encíclica contra la persecución hitleriana. Pone valientemente en acción su responsabilidad eclesial -sin gran éxito visible por lo demás- y sin embargo siente que lo esencial es de otro orden. Ella no será sólo una "avisadora de incendio", ella debe entrar ella misma en el incendio.

Todavía en abril del 33, en el Carmelo de Colonia donde está de paso, se ofrece concientemente a esta incorporación en el drama de su pueblo.

Yo me dirigí interiormente al Señor, diciéndole que yo sabía que era su Cruz que era impuesta a nuestro pueblo. La mayor parte de los judíos no reconocían al Salvador, pero ¿no correspondía a los que comprendían llevar esta Cruz? Es lo que yo quería hacer (...) recibí la certeza íntima de que era escuchada. Pero en qué consistiría el llevar esa Cruz, no lo sabía todavía.

Aquí de nuevo un atajo impresionante, y a primera vista igualmente problemático, asocia la Shoa y la Cruz de Cristo. Pero precisamente "la mano del Señor" de la fórmula anterior se ha transformado en "la Cruz del Señor"; y a la conciencia aguda de una implicación inevitable - "El destino de ese pueblo iba a ser mi lote" - se sustituye, en el diálogo íntimo de la oración, la ofrenda libre de sí. Se produce entonces, en una total indeterminación del cuándo y del cómo, la certeza de que ese ofrecimiento es recibido. Todo sucede como si lejos de proyectar desde el exterior una teología más o menos indiscreta y en todo caso segunda de la Cruz sobre la Shoa, Edith hubiera percibido en una misma intuición espiritual su propio destino y el de su pueblo en el interior de ese misterio. Su pertenencia al pueblo judío y su ofrenda personal son objeto de una sola y misma toma de conciencia, que se opera frente a, o más exactamente en, el misterio de la Cruz.

Paradójicamente, es en la participación existencial en esta Cruz, donde Edith va a experimentarse como judía; a la inversa, en

ella, la Cruz del Señor es vivida como la Cruz de su pueblo. Su carácter de judía de nacimiento fue reencontrado y experimentado por ella dentro de su identidad cristiana, como una proximidad acentuada con Jesús de Nazaret: "No podéis saber, escribe ella poco antes de su muerte, lo que significa para mí ser una hija del pueblo elegido y pertenecer a Cristo no sólo espiritualmente, sino por la sangre que corre en mis venas". Y de hecho, las fechas decisivas de su vida están inseparablemente en relación con el misterio de Israel y con el misterio de la Cruz: ella ha nacido del día el Kippur y continuaba en el Carmelo celebrando su aniversario ese día, en la conciencia de un vínculo muy fuerte entre el ritual de la Expiación y el gesto sacerdotal de Cristo en su Pasión; ella eligió para su bautismo el día de la Circuncisión; recibió la confirmación el día de la Presentación de Jesús en el Templo. En ocasión de sus visitas a Breslau, después de su conversión, ella acompaña a su madre a la sinagoga y sigue, en su breviario latino, los salmos cantados en el oficio de la sinagoga; hay en ello como una parábola de su vía espiritual: las mismas palabras, nacidas de la fe de Israel, rezadas con Israel, recibidas en el seno de la Iglesia.

POR NUESTRO PUEBLO

Su entrada en el Carmelo, en octubre de 1933, está directamente vinculada a su acto de ofrecimiento, aunque el llamado es contemporáneo a su conversión. A la religiosa que la recibe le declara: "No serán las perfecciones humanas que nos serán ayuda, sino la Pasión de Cristo; mi deseo es participar en ella." Ella sabe que lejos de darle un abrigo, el Carmelo la configura más concretamente al ofrecimiento de Cristo; al mismo tiempo, ella hace lo que depende de ella y lo hará hasta el fin, para no exponer a sus hermanas ni exponerse a sí misma a la muerte. Pero todavía aquí, todo se desarrolla en la oración. El Domingo de Pasión de 1939, ella dirige una palabra a su priora:

Que vuestra reverencia quiera permitirme ofrecerme al corazón de Jesús, en holocausto por la paz del mundo. Que el reino del Anticristo se hunda, si es posible, sin una guerra mundial, y que se establezca un orden nuevo. Yo querría ofrecerme esta misma tarde, porque es la hora doce. Se que no soy nada, pero Jesús lo quiere. No hay duda que él dirige este llamado a muchas otras almas en estos días.

Aquí viene el término holocausto, término sacrificial de sentido litúrgico preciso: Edith no lo emplea para la pasión de su pueblo,

sino solamente para su propia ofrenda. No lo emplea ni para designar el horror de un destino impuesto, ni para calificar una libre iniciativa personal. El holocausto es un acto de oración, la respuesta a un llamado personal recibido en lo más íntimo del ser, pero del que ella presiente que la resonancia es inmensa: en ello va el destino espiritual del mundo. Ninguna teoría entonces, ningún cuidado de interpretar especulativamente o de atreverse heroicamente la situación. Algo tan simple, tan irresistible como una moción del alma bajo la acción del Espíritu Santo.

Y para dar cuenta de ella, la figura que se impone a Edith es una alta figura de la tradición judía, la de la reina Ester, consciente hasta la angustia de su impotencia, de su solidaridad con su pueblo, y reposando enteramente en Dios.

Tengo confianza (...) de que el Señor ha aceptado mi vida por todos. Debo pensar siempre en la reina Ester, que fue elegida de entre su pueblo precisamente para eso. Soy una pobre pequeña Ester impotente, pero el Rey que me ha escogido es infinitamente grande y misericordioso. Es un gran consuelo.

A la luz de ese camino puede intentarse interpretar lo dicho por Edith a su hermana Rosa, cuando su detención en el Carmelo de Echt donde habían encontrado refugio: "Ven, vamos por nuestro pueblo." En su sobriedad, esas palabras nos dan una clave. Todavía falta utilizarla bien. El "por" no tendría aquí un sentido de sustitución: Edith y Rosa van a morir con su pueblo, y su muerte sólo se agrega a la lista interminable de las víctimas, sin que, a la manera de una Maximiliano Kolbe, por ejemplo, ella no salve a otros. El "por" no tiene tampoco el sentido de una finalidad externa, porque Edith y Rosa son de ese pueblo y es en nombre de esa pertenencia que serán ejecutadas. Ese "por" pertenece sólo a la lógica del amor, lógica de identificación en la alteridad preservada, de diferenciación en la comunión plenamente realizada.

LA DOBLE REALIZACIÓN

Hay que recordar que Edith y Rosa fueron detenidas -con otros cristianos de origen judío, como medida de represalia de las autoridades de ocupación- a raíz de la valiente orden de los obispos holandeses contra las deportaciones masivas de judíos de los Países Bajos: su muerte es inseparable de una iniciativa de justicia y de amor de

las Iglesias Cristianas. Ellas han sido detenidas indisociablemente como judías y como cristianas y esto está lleno de sentido. Edith ve que su plegaria de oferta toma cuerpo y ese cuerpo es el de su pueblo. Cumple así plenamente su identidad judía, antes olvidada: su pertenencia "natural" al pueblo de la alianza es aquí asumida totalmente en el interior de una elección y de una misión de orden sobrenatural y de alcance universal. Pero en el mismo movimiento, ella cumple su identidad cristiana, que acoge y reproduce en su propia carne el misterio de Cristo entregado a la muerte "por nosotros los hombres y por nuestra salvación". Estos dos cumplimientos son indisociados: Cristo fue entregado a la Cruz como judío y en razón de su pretensión mesiánica, y de su costado abierto nació la Iglesia: es en esto donde Edith recibió su propia misión, que ella llenó en cuanto judía, en la muerte común a millones de miembros de su pueblo, pero en un acto de comunión consciente con la Pasión de Cristo.

Quizá hay que arriesgarse aun más adelante. Edith fue detenida en Holanda por las autoridades de ocupación, es decir por su propio pueblo, entendido esta vez como el pueblo alemán del que se sintió siempre, natural y espiritualmente, parte adherente. "Ven, vamos por nuestro pueblo" debe sin duda ser entendido teniendo cuenta de esta otra solidaridad, esta vez con el ocupante, con la parte de Alemania cómplice o silenciosa ante el nazismo, y de la que ella era, en el mismo momento, víctima; el desgarramiento pasaba en su interior, judía alemana, y la oferta de su vida hacía de esta solidaridad con los verdugos una fuente de redención. En su propia carne la violencia pagana del nazismo y el sufrimiento judío eran, una y otro expuestos a la Cruz.

Por eso hay que abandonar aquí las filosofías seculares de la Historia, para volver a las categorías paulinas actualizadas en la Epístola a los Romanos y retomadas por el P. Gastón Fessard para iluminar los acontecimientos de nuestro siglo: Pagano y judío son las categorías últimas de la historia humana pensada teológicamente en su relación a Cristo. Ellas diseñan un espacio espiritual en el que deben situarse todavía y siempre nuestras libertades personales y colectivas, porque es el lugar del combate espiritual radical. Edith Stein no ha hecho ningún uso especulativo de esas categorías. Pero ella ha vivido el enfrentamiento histórico decisivo de nuestro siglo entre el paganismo nazi y la vocación de Israel en el interior del misterio de la Cruz de Cristo, es decir en el punto en que él se ha a la vez dramatizado al extremo y superado: "Porque El es nuestra paz, El que ha he-

cho de los dos un pueblo, destruyendo la barrera que los separaba, suprimiendo en su carne el odio (...) para reconciliarlos con Dios, los dos en un solo Cuerpo" (Ef.2, 24-16).

Que haya allí, para la conciencia judía como para la conciencia cristiana si ella no está distraída un obstáculo y aún un escándalo es evidente: nosotros no tenemos un acceso empírico a esa superación y sólo en una perspectiva escatológica, en la luz pascual, la fórmula paulina toma sentido y la piedra de escándalo puede llegar a ser piedra angular. Simplemente, la vida y la muerte de Edith Stein nos indican, en enigma y como a través de un espejo, que esta unidad obra en nuestra historia, forma su trama que no se puede desgarrar, la única que queda cuando todo lo demás se derrumba en el sin sentido.

Se puede pensar que las carmelitas polacas que han querido establecerse en el sitio de Auschwitz estaban animadas del mismo presentimiento del cumplimiento pascual de la Historia. Pero ellas incurrían en un doble error: primero ellas venían por sí mismas a ese lugar que no nos pertenece, y Edith Stein nos recuerda, según el Evangelio, que nadie puede ni debe beber por sí de ese cáliz. Después ellas venían demasiado tarde. Querían llenar a Auschwitz con la plegaria del Carmelo, cuando esto ya había sido hecho, por Dios mismo, desde el seno de su propio pueblo, en la ofrenda hasta el fin de Edith Stein. Hay que dejar sin discursos y sin conductas sustitutivas el silencio que hace su muerte. Puede ser que ese silencio sea una anticipación, en el ruido de este tiempo, del gran silencio que precede en el Apocalipsis de Juan, a la última apertura de sellos de la Historia. Sólo el Cordero inmolado abrirá el Libro de la Vida.

Traducción: Alberto Espezel Berro